

## Cuerpos

Escribe Peio Ortiz, en su columna de los sábados, que nuestro río no está acostumbrado a la muerte. Disfruto de su lectura en el balcón de casa, sentado en el suelo, bajo la sombra del toldo estampado. Aitor y Oihane siguen a esta hora dormidos. No sé a quién le gusta más, si a la madre, o al hijo. Yo llevo tantos años madrugando que después de las ocho ya no sé qué hacer en la cama.

Es, si no calculo mal, la tercera vez que leo a Ortiz. Su pluma es fina y sagaz. Tiene el don de los buenos redactores: el de saltar de una palabra a otra como de puntillas, casi sin dejar huella, pero arrastrándolo a uno de una forma definitiva, sin margen para el escape. Yo, además, no soy para nada un lector exigente. Solamente me dejo llevar.

Ortiz y yo nos conocimos hace poco. Él está separado y aquella tarde Oihane trabajaba. Estábamos los dos soportando el cumpleaños de un amiguito común de nuestros hijos. Lo de soportar se veía en nuestras caras y también en las marcas de espuma de nuestros vasos de cerveza. Creo que le caí bien porque no nos separamos hasta un par de horas más tarde, cuando los niños se aburrieron de las bolas de plástico y todos nos fuimos a casa. Después, Aitor me dijo que ese señor con el que había estado hablando era escritor. Que se lo había dicho su amigo. Yo asentí con la cabeza y no le di muchas vueltas al asunto. Ese tipo de cosas no me suelen importar demasiado.

Ortiz, esta vez, arma la columna a partir de un episodio cotidiano. Un paseo de fin de semana con su hijo de seis años, desde el apartamento que tienen junto al campo de fútbol hasta el parque infantil de la frontera. En las primeras líneas cuenta que el niño es miedoso y que está por fin aprendiendo a montar en bicicleta. Ha dejado ya los ruedines, pero sigue luciendo esa vestimenta aparatosa: casco, rodilleras, protecciones de colores... toda esa parafernalia, no vaya a ser que. Ortiz camina con un ojo en el río y con el otro en la bicicleta. El niño le exige atención, le dice *aita*, mira, mira qué rápido, ¿a que no me pillas?, *mira*, *aita*, mira, ahora sin manos. Esas cosas.

Cuando llegan al puente internacional, el padre pide al hijo una pausa. Le dice que está cansado. Ortiz mira el agua mansa, el reflejo del cielo gris, las gaviotas que detienen su vuelo. Pasan así unos minutos. El padre diría que pocos. Al hijo, en cambio, se le hacen

largos. Le dice entonces, desde abajo, desde detrás de las gafas azules, que a ver qué hacen ahí. Ortiz saca sus ojos del agua, no le dice lo que está viendo, solo le dice nada, Markel, nada, ya nos vamos. Ortiz, después, calla.

Calla porque lo que está viendo son cadáveres.

Cadáveres de cuerpos jóvenes, de cuerpos africanos, de cuerpos oscuros. Nueve ya este año. El último, la semana pasada, un guineano de 25 años. Lo sacaron vestido con un pantalón corto y un polo, seguramente la única ropa que tenía. El chico solo pretendía cruzar la *muga*. Pero no, él tampoco sabía nadar.

Ortiz no dice nada de eso a su hijo. Porque su hijo no podría verlos y porque nadie le dice eso a un niño de seis años que solo quiere jugar. De hecho, minutos más tarde, en el parque, el niño juega. Deja la bici, sube a los columpios, corretea por un barco de madera. Asoma la cabeza por las claraboyas y grita. Ortiz está sentado en unas escaleras de cemento, lo observa desde allí. Saluda levantando los brazos, dice que sí con la cabeza, hace gestos con las manos, pero no se levanta. Porque, en cuanto el niño se da la vuelta, Ortiz, otra vez, se escapa. Mira los coches cruzar de un lado a otro, de un país al otro. Mira las banderas, el monolito que separa dos naciones, piensa en todo lo que la frontera trajo a esta ciudad y piensa también en la muerte. Es justo al final de ese párrafo, poco después de alcanzar la mitad del relato, cuando, desde el propio texto, Ortiz me saluda.

Lo hace nombrando a ese amigo suyo conocedor de historias sobre el contrabando, sobre la gendarmería de las aduanas y también sobre los que no tenían otra opción que buscar un paso oculto unos kilómetros más al este, en mitad del bosque, lejos de todo lo que ahora él está viendo. En la columna leo palabras como estraperlo, *makis* o evasión. Palabras que quizá salieron un día de mi boca pero que yo reconozco mejor en la de mi padre.

El niño regresa. Dice que tiene hambre. Ortiz mira alrededor, se pone por fin de cuclillas, le propone ir a por una de esas bolas de queso que tanto le gustan, esas que pringan de grasa las servilletas de papel hasta hacerlas transparentes. El hijo dice sí, sí, muchas veces sí. Deshacen entonces el camino andado, suben al coche. El padre encuentra en el retrovisor el gesto del chico y ambos sonríen. Aparcan en un hueco

estrecho. Ortiz busca entonces el reloj, dice que es tarde, vamos a tener que darnos prisa si queremos llegar a tiempo a casa de la *ama*. Cruzan la calle, el niño lo hace mirando otra vez al padre. Llegan a una pequeña plaza, el bar al que se dirigen está justo al otro lado, pero en mitad del espacio abierto hay una escultura nueva. Una escultura que ninguno ha visto antes y frente a la cual ambos se detienen.

El niño mira la figura de bronce: el hombre con camisa, americana, raya a un lado, maleta de otro tiempo. La niña de pelo recogido, abrigo de paño. Las manos de ambos, anudadas. El niño lee de la placa atornillada al suelo: “a los hombres y mujeres que llegaron buscando una oportunidad e hicieron de esta ciudad su hogar”. Le pregunta enseguida al padre a ver quiénes son. Le dice también que parecen tristes. Ortiz los está mirando de frente. Tiene, igual que el migrante del busto, a su hijo cogido por la mano.

El relato termina así, sin que el padre acabe de responder al hijo. Ortiz elige unas palabras un tanto ambiguas antes del punto y final. Pienso que quizá no supo de verdad qué decir, que tal vez su cabeza seguía en el río, que aquella sombra regresó para colapsar su capacidad de respuesta. Puede ser también que, sencillamente, no se atreviera a reproducir en esta columna las que en realidad fueron sus palabras. Por desacertadas o por insignificantes. Creo que podría haber terminado el episodio de otra manera. Por eso levanto la vista del periódico, me pongo en pie, entro en la cocina y busco un bolígrafo en el cajón de los cubiertos.

Ahora soy yo quien está frente a la escultura. Podría palpar el bronce con apenas dar un paso adelante. Tengo, también, a Aitor en brazos. Sus ojos quedan a la altura de los míos. ¿Quiénes son, *aita*? Son el *aitona* y la *ama*, hace muchos años, cuando vinieron del pueblo. ¿En serio? Sí, en serio. ¿No me estarás engañando, *aita*? Te prometo que son ellos, de verdad que te lo prometo. ¿Y por qué les han hecho esta estatua?

El bolígrafo se detiene. Observo de nuevo la figura.

En un segundo todo cambia. El hombre ya no tiene cara de hombre. Su maleta no es tampoco ya una maleta, sino una mochila negra, enorme, que, de pronto, apoya en el suelo y abre. De ella saca una sábana blanca y una montonera de zapatillas de deporte, todas de marcas conocidas. La niña ni siquiera está. Debe de haberse ido corriendo o quizá ni

siquiera pudo llegar porque el oleaje era demasiado fuerte o el sol demasiado intenso. El joven, eso es lo que veo ahora, un joven de apenas veinte años, sonrío a mi hijo. Muestra una dentadura blanca, perfecta. Después le acerca un helicóptero de juguete, se lo posa en la mano izquierda. Aitor hace girar las aspas. Yo pregunto cuánto es, él me dice que dos euros y yo busco una moneda en el bolsillo.

Pago, doblo el periódico y vuelvo de nuevo a la cocina.